

De Guerreros y Enamorados: *El Abencerraje y la Hermosa Jarifa* en un Mundo de Contrastes

Of Warriors and Lovers: El Abencerraje y la Hermosa Jarifa in a World of Contrasts

Leonor Taiano

Carson-Newman University (C-N)
Jefferson City | TN | US
ltaiano@cn.edu
<https://orcid.org/0000-0002-5634-9020>

Resumen: Este artículo analiza *El Abencerraje y la hermosa Jarifa*. El estudio parte de la premisa de que esta obra aboga por la tolerancia entre cristianos y musulmanes en la frontera del Al-Ándalus. La amistad que surge entre Abindarráez y Rodrigo permite reinterpretar los conflictos fronterizos. Es por ello que el artículo escudriña la manera cómo en el texto se representan los motivos de la paz y la guerra. Conjuntamente, se estudia el papel de las relaciones sentimentales y la función que el amor tiene en la evolución de los protagonistas. Mi ensayo parte de la hipótesis de que la amistad que surge entre Abindarráez y Rodrigo permite reinterpretar los conflictos fronterizos y propone un mensaje ético de respeto y comprensión, cuya finalidad consiste en educar al lector sobre las naturales tendencias a la solidaridad en el ser humano.

Palabras clave: Abencerraje; Jarifa; Abindarráez; Rodrigo de Narváez; Granada.

Abstract: This article studies *El Abencerraje y la hermosa Jarifa*. The analysis is based on the premise that this book advocates for tolerance between Christians and Muslims on the borders of Al-Ándalus. Therefore, this study scrutinizes how the motifs of peace and war are represented in this book. Additionally, it studies the role of romantic relationships and love in the main characters' evolution. My research has as its main starting point the hypothesis that the friendship between Abindarráez and Rodrigo allows us to reinterpret the border conflicts and proposes an ethical message whose aim is to educate the reader about human beings' natural tendency toward solidarity.

Keywords: Abencerraje; Jarifa; Abindarráez; Rodrigo de Narváez; Granada.

En el tiempo que reinaba
el Infante don Fernando,
que del reino de Aragón
fue después Rey coronado,



en España residía
un caballero esforzado,
que Rodrigo de Narváez
fue de su nombre llamado [...]

(Padilla, 2006, p. 77)

1 Introducción

El fragmento inicial corresponde al comienzo del romance XVIII del Romancero de Pedro de Padilla, en el cual se encomia la valentía de Rodrigo de Narváez,¹ conquistador y primer alcaide de Antequera, quien en la literatura aurisecular fue ensalzado por numerosos autores. En este estudio centralizaré mi atención precisamente en uno de los textos que lo hacen protagonista: *El Abencerraje y la hermosa Jarifa*, el cual relata un hecho que se sitúa en la frontera andaluza entre los moros y cristianos en el siglo XV. Esta obra tiene como personajes principales al ya mencionado caballero cristiano y al aristocrático moro Abindarráez. Fue publicada en Medina del Campo, en 1515 por Antonio Villegas en el *Inventario*.²

Su trama describe cómo Rodrigo de Narváez sale una noche de su fortaleza a patrullar con sus escuderos y entre todos capturan un prisionero: Abindarráez, cuyo nombre significa “el hijo del capitán”.³ Después de luchar valientemente contra los cristianos, el moro es derrotado por Rodrigo de Narváez, quien al conocer su historia lo deja marchar tras hacerle prometer que volverá pasados tres días para ser su prisionero. Abindarráez acepta, agradecido, y cumple su promesa. Regresa acompañado de Jarifa, su amada, con quien se ha casado a pesar de la oposición de su padre. Al comprobar su honradez, don Rodrigo accede a escribir al rey de Granada para que este convenza al padre de Jarifa de que les perdone. Al final, los dos enamorados pueden retornar a su tierra natal.

¹ Narváez y Biedma, Rodrigo de. El Bueno. ¿Baeza (Jaén)?, ú. t. s. XIV – Antequera (Málaga), 1424. Se inició militarmente en la defensa de Baeza y en las tomas de Grazalema y de Zahara. En 1410 acompañó al infante Fernando a la conquista de Antequera. A este éxito siguió su hazaña en derrotar a las tropas que el rey de Granada había enviado para evitar el avituallamiento de esta ciudad. Por esto recibió del infante el nombramiento de alcaide de Antequera y de Álora. En 1421, Juan II pactó una tregua de tres años con el rey de Granada, que impediría enviar refuerzos a una Antequera que quedaba fuera de la zona de tregua, por lo que Narváez recibió la autorización para evacuar la plaza. Sin embargo, fiel a su juramento, no lo hizo y tuvo que enfrentarse otra vez al ejército granadino, al que nuevamente consiguió derrota, consiguiendo las exenciones de alcabalas y almojarifazgos, y de derechos de labranza y crianza (Aguilar Fernández De Córdoba, 1847, pp. 390-401).

² Hay también una versión ambientada en Aragón y, adicionalmente, el texto se conserva en la llamada edición *Crónica*, publicada en Toledo en 1561, y un ejemplar incompleto, sin año ni lugar de publicación, titulado *Parte de la Corónica del inclito Infante don Fernando que ganó a Antequera*. Otra versión, adaptada para lectores de novelas pastoriles, se intercaló en ediciones de Diana de Jorge de Montemayor a partir de la de Valladolid de 1562 (Marsh, 2011, p. 616).

³ Pues constaría de “al” que en árabe significa “el”, de “ben” que significa “hijo” y “raíz” que significa “capitán”. El nombre original, según Bartolomé José Gallardo sería Albenalraiz y se habría españolizado/corrompido en Abindarráez (Gallardo, 1889, p. 1181).

Según Joaquín Gimeno Casalduero, dos temas, el heroico y el amoroso, sostienen el andamiaje de la obra. El tema heroico, relacionado con la común actividad de los caballeros, introduce motivos militares: al principio hazañas anteriores a la acción y, después, ya en el presente, aspectos de la vida en la frontera. El tema amoroso, en cambio, introduce los motivos que presentan el amor y que explican sus efectos. La función de cada uno de los temas es distinta. Sirve el primero para iluminar el heroísmo y para suministrar patrones de conducta. El segundo, por su parte, permite definir el amor de acuerdo con las ideas de la época (Casalduero, 1972, p. 2).

Con el afán de profundizar sobre estos dos temas individuados por Joaquín Gimeno Casalduero, en este artículo se analiza la manera cómo los planos heroico y amoroso marcan la historia de *El Abencerraje y la hermosa Jarifa*. Por consiguiente, esta investigación está dividida en cinco partes. La primera alude brevemente a los problemas que los Abencerrajes tuvieron en la vida palaciega granadina. La segunda analiza el papel de Abindarráez en *El Abencerraje y la hermosa Jarifa*. La tercera estudia el carácter liminal de Rodrigo de Narváez y Abindarráez. La cuarta escudriña sobre el irenismo de los dos personajes principales. La quinta analiza el amor entre Abindarráez y Jarifa y, finalmente, la quinta parte estudia la manera cómo la templanza de Rodrigo de Narváez lo induce a rechazar a la dama de Antequera. Mi estudio parte de la hipótesis de que la amistad que surge entre Abindarráez y Rodrigo permite reinterpretar los conflictos fronterizos y propone un mensaje ético de respeto y comprensión, cuya finalidad consiste en educar al lector sobre las naturales inclinaciones y tendencias solidarias del ser humano, incluso en periodos de conflicto.

2 Los Abencerrajes: el ejemplo viviente de quien sufría en manos de la injusticia nazarí

Para algunos especialistas en historia del Al Ándalus, los Abencerrajes⁴ fueron los principales instigadores de las intrigas políticas de su tiempo. Rachel Arié, por ejemplo, afirma que sus actividades políticas arruinaron el emirato granadino. Según el historiador Francisco Vidal Castro, con la llegada al poder de Muhammad IX, candidato de los Abencerrajes, comenzó una etapa de continuos derrocamientos, sublevaciones, asesinatos, encarcelamientos de sultanes e inestabilidad política que sumió a Granada en una permanente crisis de gobierno. Sin embargo, los autores cristianos que relatan los acontecimientos fronterizos en la temprana modernidad tienden a idealizar a la familia de los Abencerrajes, pintándolos como víctimas de la crueldad de Abu Abd Allah Muhammad, el rey Boabdil (Mujica, 2008, p. 242).

⁴ Su nombre, castellanización del árabe Ibn al-Sarray, se identifica con un linaje privilegiado cuyos miembros más notables ejercieron de visires y embajadores al servicio de los reyes nazaríes. Los Abencerrajes sostuvieron luchas con los Zegríes, lo que terminó beneficiando a los reyes católicos. De hecho, ya a finales del siglo XV, cuando las tropas de Fernando e Isabel atacaron Granada, el reino moro se encontraba en debacle debido a las rivalidades que existían entre miembros de la familia real y familias de la aristocracia. Se considera que el episodio que abrió la brecha a estos conflictos fue el hecho de que el rey Muley-Hacén abandonó a su esposa Aixa por una cautiva cristiana. Aixa logró que su hijo Abdalá, conocido por el nombre de Boabdil, se opusiera a su padre gracias al apoyo de una facción importante encabezada por la familia de los Abencerrajes o Abencerrajes. Boabdil no logró unir a su pueblo y terminó por ser apresado por los cristianos en la batalla de Lucena. George Shipley señala que la publicación de esta obra coincide con el momento de mayor descontento entre los moriscos (Shipley, 1978, p. 116).

La divulgación de la historia y trágico final de este linaje tienen lugar por medio de las alusiones que Ginés Pérez de Hita hace a su poder social y muerte en las *Guerras civiles de Granada* (1595).⁵ En esta obra, el autor entrelaza las disputas entre la aristocracia musulmana granadina con las luchas entre cristianos y musulmanes, cuando falta poco para que Granada caiga en manos castellanas. Ginés Pérez de Hita atribuye un gran valor y coraje a los Abencerrajes, incluso, cuando describe los preparativos del ataque a la plaza cristiana de Jaén. El autor afirma que, aunque los musulmanes fueron derrotados, gracias al valor de los Abencerrajes y Alabeces no fueron totalmente humillados (Acero, 1888, pp. 99-120). Según su versión de los hechos, los Abencerrajes fueron víctimas de conspiraciones palaciegas lideradas por los Zegrís y Gomeles, quienes los acusaron de traidores a la corona y sugirieron que uno de ellos, Albinhamad era amante de la reina (Acero, 1888, pp. 99-120).

Debido a estas intrigas, Boabdil decretó la muerte de los Abencerrajes. Los convocó al Patio de los Leones de la Alhambra para degollarlos. Así, murieron treinta y seis Abencerrajes, incluido el presunto amante de la reina (Acero, 1888, pp. 99-120). Sin embargo, no todo el linaje fue decapitado, pues – gracias a la ayuda de un sirviente, a una parte de la nobleza y a una sublevación popular – doscientos Abencerrajes lograron sobrevivir. La sobrevivencia de algunos de los miembros del linaje es la que precisamente permite inmortalizarlos en la literatura de las fuentes cristianas, pues sus desgracias se convertirán en el ejemplo viviente de quien sufría en manos de la injusticia nazarí. En efecto, los Abencerrajes se convirtieron en una figura modélica que reunía virtudes de carácter caballeresco y que presenta la imagen del buen moro que comparte virtudes con el buen cristiano.

3 La idealización de los Abencerrajes: Abindarráez el último superviviente de una estirpe aristocrática exterminada

Ecos de esta idealización se perciben en *El Abencerraje y la hermosa Jarifa*, texto que – según Georges Cirot – está marcado por una suerte de maurofilia, plasmada en el personaje de Abindarráez, quien es retratado como un individuo aislado que representa las consecuencias del poder despótico de los últimos reyes musulmanes de Granada y, al mismo tiempo, una potencialidad de nobleza distinta de la cristiana. Por lo tanto, este personaje puede ser juzgado como uno de los orígenes de la figura del moro noble que habría de proyectarse sobre la literatura europea (Cirot, 1939, p. 2).

Abindarráez une la virtud de sus antepasados y la nobleza propia. Cuando narra su historia recuerda que ellos formaban parte de la *jassa* de Granada⁶ y habían sabido ganarse – por su valor – el amor del rey y de pueblo llano o la *amma*.⁷ Él describe a sus antepasados como un linaje victorioso que buscaba la paz, motivo que – como se verá más adelante – es uno de los

⁵ En el capítulo trece se cuenta «la gran traición que los Zegrís y Gomeles levantaron a la reina mora y a los caballeros Abencerrajes, y muerte de ellos».

⁶ La *jassa* era la aristocracia, que disfrutaba de retribuciones y exenciones fiscales y ejercía como grupo dominante. Se trataba de un grupo abierto y también heterogéneo, en el que además de la aristocracia omeya y sus clientelas (Tahiri, 2007, p. 52).

⁷ La *amma* era el pueblo llano, gobernado por los aristócratas que acabamos de la *jassa*. Entre ambos grupos, conformando un prestigioso nivel intermedio, que generalmente correspondía a los expertos en leyes y religión (Tahiri, 2007, p. 52).

más importantes de la obra. Al mismo tiempo, lamenta que su progeñie haya sido víctima de conspiraciones y sus ascendientes acusados injustamente de traidores ante el rey de Granada.

Soy de los Abencerrajes de Granada [...] que eran flor de todo aquel reino, porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposición y gran esfuerzo hacían ventaja a todos los demás; eran muy estimados del rey y de todos los caballeros, y muy amados y quistos de la gente común. En todas las escaramuzas que entraban, salían vencedores [...]. De manera que se podía bien decir que en ejercicio de paz y de guerra eran regla y ley de todo el reino. Dícese que nunca hubo Abencerraje escaso, ni cobarde [...] Quiso la fortuna, enemiga de su bien, que de esta excelencia cayesen de la manera que oirás. El Rey de Granada hizo a dos de estos caballeros, los que más valían, un notable e injusto agravio, movido de falsa información que contra ellos tuvo. Y quisose decir, aunque yo no lo creo, que estos dos, y a su instancia otros diez, se conjuraron de matar al Rey y dividir el Reino entre sí, vengando su injuria (Anónimo, 1983, pp. 113-114).

Si se interpreta este párrafo desde la perspectiva del Al-Ándalus, se percibe que los Abencerrajes son acusados de haber atentado contra la confianza y seguridad de Granada. Por consiguiente, son inculcados de desviarse de sus deberes hacia la autoridad. Su traición sería el resultado de un desbordamiento de la concupiscencia que, subyugando la mente, dicta al hombre la aceptación de la abyección y la humillación, en lugar de someterse a las fuerzas de la fe y de la razón. De hecho, más allá de las cuestiones de *ratio* y *fide*, es importante subrayar que, políticamente hablando, los musulmanes del Al-Ándalus definían a la traición como la amenaza más grave a la entidad y existencia de los reinos o estados, pues los debilita conduciendo a su aniquilación. El traidor, al igual que el mercenario, causa el detrimento de su patria (Martos Quesada, 2005, pp. 21-61).

Tomando en cuenta lo anterior, es posible entender que el rey de Granada anatematizó a los Abencerrajes debido a que sobre ellos pesaba la acusación de perjuros al reino y, en consecuencia, debían ser degradados, despojados de sus dignidades y honores: sus casas fueron derribadas, sus heredades enajenadas y su nombre dado en el Reino por traidor. Resultó de este infelice caso que ningún Abencerraje pudiese vivir en Granada, salvo mi padre y un tío mío, que hallaron inocentes de este delito, a condición de que los hijos que les nasciesen enviasen a criar fuera de la ciudad para que no volvieran a ella [...] (Anónimo, 1983, p. 115).

Las líneas finales de este fragmento muestran que las inculpaciones que pesaban sobre su estirpe otorgan un cierto grado de exclusión social a Abindarráez. Esta marginalidad le permite asumir una función heroica en el texto. Simultáneamente, le consiente no seguir las reglas de la sociedad a la que pertenece, pues a su linaje se le había otorgado el papel de quienes entran en conflicto con el poder central musulmán. De ahí que sea comprensible su simpatía hacia Narváez. En efecto, tanto Abindarráez como sus antepasados representan a quienes son acusados injustamente en el Al-Ándalus y son salvados por la cristiandad.

4 Rodrigo de Narváez y Abindarráez: dos personajes liminales de la frontera granadina

La obra hace del lector un observador de la dramaticidad de la historia del Abencerraje y de Rodrigo de Narváez. Este último, además de defender los intereses de expansión cristianos, se preocupa por el bien común. Es por ello que tiene el respeto de toda la sociedad, incluyendo del rey adversario, quien – después de recibir una carta de Narváez – pedirá al padre de Jarifa que acepte su unión con Abindarráez, a pesar de que este es un Abencerraje:

Escrita la carta, despachó un escudero con ella, que llegado ante el rey se la dio; el cual, sabiendo cuya era, se holgó mucho, que a este solo cristiano amaba por su virtud y buenas maneras. Y como la leyó, volvió el rostro al alcalde de Coín [...] (Anónimo, 1983, p. 134).

Rodrigo de Narváez y Abindarráez son ejemplares de individuos que permiten un buen funcionamiento de la sociedad. Son los rostros positivos de sus respectivas culturas y de individuos preservan la dignidad humana de quien les rodea. Son pacificadores y no beligerantes. Podría decirse que en este relato – a través de la subjetividad creada por la interacción de los personajes – se propone una ética del conflicto y de la paz, basada tanto en la tradición teológica-moral tanto cristiana como musulmana. En la obra, prescindiendo de las diferencias religioso-culturales y de la peculiaridad histórico social, se encomia la ética de ambos.

Aunque la literatura española suele otorgar a Narváez el papel del guerrero defensor de la comunidad y del individuo destinado a conquistar los territorios musulmanes, en *El Abencerraje* tiene un papel diferente: su simpatía hacia el valiente moro herido permite mostrar que las fronteras de las épocas medieval y de la temprana modernidad eran fluidas. Estas constituían una membrana viviente producto de encuentros, transformaciones e identificaciones entre los individuos que en ella coexistían. Esta obra nos muestra el espacio cultural permeable de la España del siglo XVI.

En *El Abencerraje y la hermosa Jarifa*, Narváez no asume dogmáticamente el papel de protector de la comunidad cristiana, sino que – por medio de su simpatía hacia Abindarráez – se coloca en una suerte de periferia territorial y cultural de la comunidad. Aunque Narváez y Abindarráez son guerreros heroicos, ninguno de ellos personifica abiertamente los valores de su propia colectividad delante al adversario. Ambos crean una amistad al margen de los principios de sus propias comunidades, una suerte de código liminal y ambivalente que los conduce a reconocer el heroísmo en la alteridad. Tanto Narváez como Abindarráez son personajes liminales. El anónimo autor de esta obra se sirve de ambos para trazar una suerte de fenomenología de los caballeros de la frontera andaluza.

En cuanto a Narváez propiamente dicho, este personaje representa a una tipología tolerante de buen guerrero cristiano: actúa en beneficio de su rey, está dispuesto a sacrificar su vida por este y, al mismo tiempo, es capaz de reconocer el mérito en quien le es diferente. El texto lo retrata como un individuo benévolo, atento, desinteresado y de gran experiencia castrense. Es alguien que sigue las leyes militares, como se puede notar de las palabras que se le atribuyen que dice a sus hombres:

Parésceme, hijosdalgo, señores y hermanos míos, que ninguna cosa despierta tanto los corazones de los hombres como el continuo ejercicio de las armas, porque con él se cobra

experiencia en las propias y se pierde miedo a las ajenas. Y de esto no hay para que yo traía testigos de fuera, porque vosotros sois verdaderos testimonios (1983, p. 106).

En lo que respecta a Abindarráez, este personaje es retratado con elegancia mesurada. Al describir su persona y sus vestidos, se alude a su gentileza y se muestra también su valentía. El texto enfatiza que Rodrigo de Narváez derrotó al musulmán debido a que este último estaba doblemente herido. Su primera herida es la de amor, la cual lo hace vulnerable. Por consiguiente, a lo largo de la historia se manejan elementos convencionales del campo sentimental: el flechazo amoroso, el supuesto impedimento para que se concrete el amor, la separación, la espera y el reencuentro. La segunda herida, menos alegórica, surge cuando batalla con los cristianos. Esta es, en parte, consecuencia de la primera, pues el narrador afirma que el moro iba distraído.

A pesar de su distracción, Abindarráez, se defiende y ataca perfectamente, aunque pelea contra muchos. El moro lucha como si el combate lo portase a una especie de éxtasis sacral, el cual podría deberse a la excitación que le produce su amor por Jarifa o al hecho de que la cultura islámica concibe al guerrero como un ser dominado por el espíritu de Dios. Siguiendo esta lógica, su derrota con Narváez podría haber sido vista como un castigo o consecuencia de alguna falta. Conjuntamente, resulta interesante la manera cómo los cristianos lo perciben, pues desde la perspectiva de estos el moro posee todos los méritos individuales que lo hacen un *eugenes* o bien nacido. Es alguien que se sabe desempeñar brillantemente en el plano bélico, es capaz de cometer grandes hazañas y es evidente que conoce el arte de la guerra:

no faltaba al moro contentamiento; y como traía el corazón enamorado, a todo lo que decía daba buena gracia. Los escuderos [...] erraron poco de dejarle pasar [...] Luego, de los cinco escuderos, los cuatro se apartaron y el uno le acometió; mas como el moro sabía más de aquel menester, de una lanzada dio con él y con su caballo en el suelo [...] de los cuatro que quedaban, los tres le acometieron, pareciéndoles muy fuerte; de manera que ya contra el moro eran tres cristianos, que cada uno bastaba para diez moros, y todos juntos no podían con este solo. Allí se vio en gran peligro porque se le quebró la lanza y los escuderos le daban mucha priesa; mas fingiendo que huía, puso las piernas a su caballo y arremetió al escudero que derribara, y como un ave se colgó de la silla y le tomó su lanza, con la cual volvió a hacer rostro a sus enemigos [...] Aquí se trabó fuertemente la escaramuza, porque ellos estaban afrontados de ver que un caballero les duraba tanto, y a él le iba más que la vida en defenderse de ellos. A esta hora le dio uno de los escuderos una lanzada en un muslo [...] Él, con rabia de verse herido, volvió por sí y diole una lanzada, que dio con él y con su caballo muy mal herido en tierra (1983, pp. 109-110).

El texto muestra que Abindarráez es un adversario superior en fuerza. Al mismo tiempo expone que los escuderos, oponiéndose a la ética de Rodrigo de Narváez, actuaron como guerreros poco nobles al intentar encarnizarse muchos contra uno. De hecho, el episodio que plasma el encuentro musulmán-cristianos tiene características de una interesante escena de combate que – aunque leída superficialmente parece coincidir con muchas representaciones estereotipadas de las batallas de frontera – resulta singular debido a que, al destacar la sincronización de los movimientos del moro, se pone en relieve que este adversario no cristiano está al centro de la acción. Simultáneamente, muestra que, a pesar de estar lastimado, está en capacidad de infligir heridas a sus adversarios, tal como lo percibe el propio Rodrigo de Narváez:

Rodrigo de Narváez [...] viendo la valentía del moro, quedó espantado, porque de los cinco escuderos tenía los cuatro en el suelo, y el otro casi al mismo punto. Él le dijo: — Moro, vente a mí, y si tú me vences, yo te aseguro de los demás
Y comenzaron a trabar brava escaramuza, mas como el alcaide venía de refresco, y el moro y su caballo estaban heridos, dábale tanta priesa que no podía mantenerse [...] dio una lanzada a Rodrigo de Narváez que, a no tomar el golpe en su darga, le hubiera muerto. Él, en rescribiendo el golpe, arremetió a él y diole una herida en el brazo derecho [...] cerrando luego con él, le trabó a brazos y [...] dio con él en el suelo (1983, p. 110).

Llama la atención la aparente imparcialidad en la descripción de estos cristianos (no se intenta presentarlos como valientes guerreros del catolicismo) y del musulmán (se resaltan sus dotes guerreras), pues en esta obra no hay una ni justificación de la conducta de los primeros ni una demonización del segundo. En efecto, resulta evidente que el texto manifiesta que los conflictos crean irrazonables enfrentamientos y divisiones. En este caso la pugna entre los escuderos y el moro se debe a supuestos contrastes territoriales-ideológico-religiosos. Sin embargo, por medio de la simpatía que surgirá entre Narváez y Abindarráez, la historia parece confirmar las palabras de Heráclito, quien consideraba que, aunque la guerra aparentemente destruye, en realidad construye el orden y la paz (Varvaroussis, 1996, p. 32).

5 El irenismo de Abindarráez y Rodrigo de Narváez

De esta manera, podría decirse que *El Abencerraje* y *la Hermosa Jarifa* se edifica en base a la dicotomía guerra/paz. Por consiguiente, se enfatiza – a modo platónico – la creación de la armonía como un principio organizador de la sociedad. Es por esto que en la obra no hay una mistificación de la guerra o del combate, tampoco hay un deseo de promocionar un ámbito ideológico-religioso u otro. En el texto se percibe un objetivo específico: encomiar la armonía que surge entre los dos individuos. De hecho, podría decirse que el texto invalida las justificaciones de la guerra, muestra como una falacia la forzada rivalidad entre individuos de religiones/culturas diferentes. La simpatía que en la obra nace entre Abindarráez y Narváez constituye un camino de desmitificación de la rivalidad cristiano-musulmana. Por lo tanto, se puede sostener que en *El Abencerraje* y *la Hermosa Jarifa* no hay un apoyo a las tesis de guerra justa. La amistad que nace entre de Abindarráez y Narváez permite analizar lo innecesario de un conflicto bélico, alejando las tesis de una oposición teológica total entre cristianos y musulmanes. Esta historia muestra lo innecesario de crear conflictos entre humanos.

Más allá de que se trate de cristianos o musulmanes, ambos personajes representan a creaturas fronterizas y, al mismo tiempo, a los protagonistas de los conflictos territoriales. Sin embargo, su función no parece ser la de afrontar al enemigo del confín. Ellos demuestran que una concordia entre opuestos es probable porque la frontera es crucial en el destino de ambos. Los dos asumen su papel de creadores de paz, exponiendo que el providencialismo cristiano y la *baraka* musulmana son compatibles. El lindero cristiano-musulmán no se convierte aquí en el territorio de una rivalidad étnico-religiosa, sino que la enemistad se transforma en amistad. Ambos individuos rompen los límites de sus respectivos códigos sociales-comportamentales. En efecto, como bien afirma Claudio Guillén, la obra parece plasmar un sueño de tolerancia cuya función es la subversión básica de la dolorida conciencia del presente del siglo XVI (Guillén, 1965, p. 113). Es por ello que, como bien nota Joaquín Gimeno Casaldueiro (1972, p. 1), en *El Abencerraje* tanto el cristiano como el moro tienen un protagonismo relevante. Las dos

historias coinciden en el propósito de destacar la virtud de cada uno de los personajes. La de don Rodrigo resalta porque explica su conducta, y porque la expone sin sujetarse a un cauce temporal que la motive, se presenta en su totalidad desde el principio (1972, p. 5).

Dice el cuento que en tiempo del infante don Fernando, que ganó a Antequera, fue un caballero que se llamó Rodrigo de Narváez, notable en virtud y hechos de armas. Este, peleando contra moros, hizo cosas de mucho esfuerzo, y particularmente en aquella empresa y guerra de Antequera hizo hechos dignos de perpetua memoria [...] Tenían todos [...] tanta fe y fuerza en la virtud de su capitán, que ninguna empresa se les hacía difícil, y así no dejaban de ofenderá sus enemigos y defenderse de ellos; y en todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, en lo cual ganaban honra y provecho, de que andaban siempre ricos (1983, p. 104).

Así, en este texto hay una suerte de mensaje deontológico. La obra nos muestra normas de conducta que sirven de guía y que – desde una óptica heleno-cristiana – invitan a practicar las cuatro virtudes cardinales: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. También parece promover – presentando algunas influencias que podrían ser de la cultura islámica – la paciencia, la importancia del cumplimiento de las promesas, el coraje, la dignidad y la gratitud por los favores recibidos. A estas cualidades teológico-morales de ambas religiones, se suman las llamadas virtudes civiles. Estas últimas encierran los principios éticos generales que, en determinadas ocasiones, pueden conducir al sacrificio individual en nombre del bien común. De hecho, en esta obra no se promueve un pensamiento/comportamiento individualista. El texto fomenta el altruismo. *El Abencerraje y la hermosa Jarifa* un retrato de virtud colectiva:

Este es un vivo retrato de virtud, liberalidad, esfuerzo, gentileza y lealtad, compuesto de Rodrigo de Narváez y el Abencerraje, y Jarifa, su padre y el Rey de Granada, del cual, aunque los dos formaron y dibujaron todo el cuerpo, los demás no dejaron de ilustrar la tabla y dar algunos rasguños en ella. Y como el precioso diamante engastado en oro o en plata o en plomo siempre tiene su justo y cierto valor por los quilates de su oriente, así la virtud en cualquier dañado sujeto que asiente, resplandece y muestra sus accidentes, bien que la esencia y efecto de ella es como el grano que, cayendo en la buena tierra, se acrecienta, y en la mala se perdió (1983, p. 103).

El libro es una reflexión sobre la paz. Esta se inscribe en el amplio ámbito de la filosofía moral y política cristiana-musulmana.⁸ Por tanto, la obra aborda la concordia a partir de la crisis generada por los conflictos y trata de ofrecer una esperanza concreta: la armonía entre diversos es posibles. Ni Narváez ni Abindarráez son guardianes de un conocimiento universal y políticamente eficaz para lograr la paz, pero sus comportamientos presuponen profundidad y responsabilidad teórica, basada en sus respectivas bases religioso-culturales, que les permiten actuar correctamente ante la urgencia ética que marca las circunstancias. El diálogo y el cuestionamiento entre ambos individuos expone el abandono voluntario de cualquier posible enemistad, plasmando un pensamiento pacificador.

Actuar evitando el conflicto implica una crítica de la guerra, un compromiso político-social. El texto adopta una perspectiva irénica que parece oscilar entre la utopía y la

⁸ De los sofistas a Platón, de San Agustín a Santo Tomás, de Hobbes a Kant, no ha faltado el deseo de dar una respuesta definitiva a la cuestión de la paz entre los hombres y los pueblos. En la tradición filosófica el interrogativo se resuelve en teorías, sistemas completos, visiones del mundo, y parere a veces destinado a soluciones durables.

necesidad de establecer un proyecto geopolítico que vaya más allá de lo religioso militar. Su argumento propone un propósito racional de conciliación. Simultáneamente, sugiere que la avenencia fronteriza es un imperativo.

El libro plantea que las multiplicidades culturales de la península ibérica podían interactuar sin chocar. De este modo, podría decirse que la trama consiste en una reconciliación – casi epicúrea y lucreciana – de las dos partes en conflicto: el islam y la cristiandad. Los dos personajes principales ven la pacificación como un imperativo moral, terminan con el ímpetu de destrucción y muerte generado por el belicismo fronterizo. En esta obra desaparece la dialéctica tradicional paz-guerra, parece que se tomara en cuenta que, tanto en la tradición cristiana como en la islámica, la guerra es una excepción dictada por la necesidad, no constituye la regla. Por consiguiente, tratan de evitarla.

En el cristianismo la paz constituye el reto principal, basta pensar que la iglesia romana planteó la *Pax et tregua* en sus Concilios de Charroux de 989, relacionando el concepto de paz divina con el de paz territorial (Pikaza Ibarrodo, 2009, p. 23).⁹ En la cultura musulmana, en cambio, la paz es un atributo divino (*As Salam*) y, por consiguiente, es vista como un estado mental permanente y abierto. Abindarráez logra crear un puente afectivo con Narváez, busca la paz de conciencia y la paz social, fundamentales en la sociedad musulmana (Jahanbegloo, 2018, pp. 54-63). Es un individuo que se encuentra en un estado de ánimo favorable a la apertura y al intercambio y a la armonía. Abindarráez personifica lo mejor de su religión, es quien realiza, concreta y difunde la paz sobre la tierra. Narváez, el héroe cristiano, es quien establece la libertad, la justicia y la seguridad para todos.¹⁰

6 El amor entre Abindarráez y Jarifa

Esta búsqueda conjunta de la paz se fusiona con el tema amoroso, el cual se proyecta por la historia de Abindarráez y Jarifa para llevar a los enamorados desde Cártama, pasando por la separación, hasta la reunión definitiva (Casalduero, 1972, p. 2). En efecto, hay una gradación ascendente de imágenes que aluden a la unión de ambos en la obra. La primera es la mención de los cuerpos de Salmacis y Troco que, posteriormente, se asocia con la transformación de Jarifa en el reflejo de Abindarráez a través del mito de Narciso. Para Eleanor Marsh, Jarifa se sitúa en un lugar intermedio entre los protagonistas masculinos (Marsh, 2011, p. 616). Esta posición central de la mujer sirve de punto de partida para explorar la importancia de los personajes femeninos de la obra en relación con las reminiscencias de otros textos escritos y orales de la Edad Media, haciendo patente la contribución de los personajes femeninos a la novela como una protesta velada contra la persecución de los moriscos en la España del siglo XVI (Marsh, 2011, p. 617).

⁹ El concepto de paz divina se relaciona con el de paz territorial. *El Espejo Sajón* (1225) retoma la esencia de las paces territoriales, presentando la garantía monárquica de la paz para ciertas personas, lugares y tiempos, en los que se prohibió estrictamente atacar a personas consideradas vulnerables (Marquardt, 2016, pp. 17-58).

¹⁰ En este sentido, mis tesis coinciden con las de Agustín Redondo, quien juzgaba que el exotismo fronterizo de la obra es una manera aparente de superar las tensiones entre el Catolicismo y el Islam. Este investigador considera que el texto podría traducir cierta añoranza de una época pretérita e idealizada de la frontera granadina (Redondo, 1995, pp. 51-85).

Es interesante el hecho de que Marsh pone en relieve la importancia de Jarifa en la obra. Asimismo, es relevante el énfasis que esta estudiosa hace del hecho de que este personaje femenino se transforma en el reflejo de Abindarráez (a través de las alusiones del mito de Narciso). Compartiendo su perspectiva, me parece importante señalar que la relación entre Abindarráez y Jarifa coincide no solo con la fusión y entrega entre hombres y mujeres de la cultura heleno-cristiana, sino que también parece reflejar el aspecto crucial de la relación hombre-mujer en el mundo musulmán que Abindarráez y Jarifa representan: el orden social.¹¹

Sin embargo, aunque en el texto no se describen los deseos sexuales de la pareja, sí existe una puesta en evidencia de la fuerza que la atracción que Abindarráez siente por Jarifa rivaliza incluso con el plano divino, sin llegar a conducirlo a la *fitna* o desorden (Marín, 2000, pp. 23-51). Es bastante significativo que en la obra – aunque sí se muestra una preocupación por preservar a Jarifa principalmente en espacios cerrados para preservar su persona y el tejido social – no existen indicios de represión de la sexualidad femenina por parte del musulmán. Ella y Abindarráez son actores protagónicos dentro del mismo código de amor-social que, al mismo tiempo, transgreden cuando les parece necesario.

En efecto, su primera transgresión consiste en el hecho de que ambos mantienen contacto y dialogan constantemente cuando la estructura de la sociedad islámica prefiere mantener a los hombres y mujeres en espacios separados. Es evidente que Jarifa no es excluida de los espacios masculinos, no es vista como un ser que perturba el orden y la paz interior de los hombres. En consecuencia, ella es quien le permite encontrar su armonía interior y su autodeterminación. Es por medio de ella – y de la intersección de Narváez – que Abindarráez recupera su prestigio social ante el rey de Granada.

La segunda transgresión consiste en que Jarifa no solicita el permiso de su padre para casarse. Su unión se realiza secretamente y no tiene testigos. Su *nikah* o matrimonio satisface solamente la voluntad de los dos enamorados, pero excluye la autoridad de un miembro requerido por la tradición islámica: el tutor o *wali*, quien debe ser el pariente masculino (*‘asab*) más cercano a la novia (Curti, 2020, pp. 7-25). Conjuntamente, llama la atención que, posteriormente, es el cristiano Narváez quien asume el papel de protector de la pareja propiamente dicha, pues actúa como representante de los novios ante el rey de Granada para que este perdone a Abindarráez, legalice la unión de los dos jóvenes y permita que Jarifa se emancipe legalmente de su padre.

Estas transgresiones parecen estar presentes en la obra para dar a entender las razones del afecto que Abindarráez tiene hacia Jarifa: ella representa la belleza e inteligencia femenina. La combinación de estos dos atributos podría parecer controvertida para aquella época. Sin embargo, resulta casi habitual si tomamos en cuenta que, para muchos autores orientales y occidentales del período, la mujer era considerada fuente de sabiduría e inspiración. De hecho, en *El Abencerraje* el amor tiene una gran importancia, coincidiendo con la literatura europea y con la literatura medio-oriental que le antecede.

Si nos centralizamos en el filósofo, místico sufi. y poeta árabe andaluz Ibn ‘Arabi, se puede percibir que en su obra el amor representa un componente esencial: es el punto de

¹¹ En efecto, mientras en el occidente el acto sexual es concebido muchas veces como un campo de batalla, en el que el hombre ejerce su supremacía sobre la mujer, en el mundo islámico esta unión es vista como un momento de placer compartido. Al-Ghazali (1050-1111), celebraba la satisfacción sexual como una muestra de los deleites que se ofrecen a los hombres en el Paraíso y como razón para incitar a los hombres a adorar a Dios para poder llegar al Cielo. Para él, la satisfacción sexual conduce a un orden social armonioso y a una civilización próspera. (Aoyagi, 2006, pp. 1-20)

inflexión de su maduración humana y poética. Ibn 'Arabi enfatiza que el amor tiene variaciones infinitas, es un sentimiento que participa de manera íntima y decisiva de la existencia humana que permite que el individuo se conozca a sí mismo, pueda sentirse completo (De Zayas, 2007, p. 36). En *El Abencerraje*, es Jarifa el catalizador de la completitud de Abindarráez. La relación entre ellos se desarrolla en torno a un lenguaje simbólico (Narciso, Salmacis), similar a la relación entre Ibn 'Arabi y su bienamada Nizam o Nidham, encarnación de "La Sabiduría". En efecto, *El Abencerraje* transmite una específica forma y visión del amor por medio de la fuerza que inspira la figura femenina. Jarifa es, en el sentido más profundo y sagrado, una religión para Abindarráez. Es la fuerza que lo guía, es su fe. Ella se convierte en una suerte de camino hacia el interior sagrado de sí mismo que le permite descubrir el rostro divino de su ser (de ahí las alusiones a Narciso). Solo ella le hace aflorar lo mejor de sí mismo. El amor entre ambos muestra que el moro no ve a su amada como un ser inferior, sino que la considera igual o incluso superior: Jarifa embellece su vida y es la fuente de su elevación. El afecto entre ambos es espiritual, intelectual y físico. Es una relación que tiene sus propias leyes verdaderas, que van más allá de lo establecido por el Cristianismo o el Islam. Jaifa y Abindarráez muestran el lenguaje amoroso y su connotación simbólica. Es por ello que logran hacer milagros, logran ser protegidos por quien debería ser el adversario (Narváez), ser perdonados por el rey y ser readmitidos por el padre de Jarifa.

7 La templanza que induce a rechazar a la dama de Antequera

En *El Abencerraje* no es Jarifa la única mujer que marca el comportamiento de uno de los personajes principales de la obra. Aunque menos transcendental que la mora, también es relevante el papel de la dama de Antequera, cuya belleza deslumbra a Narváez. Esta mujer, quien inicialmente ignora y posteriormente trata de seducir al alcaide de Antequera, representa el tipo de feminidad que históricamente ha servido para plasmar la imagen estereotipada de la debilidad natural femenina. Por consiguiente, aunque ella es la dueña del amor de Narváez, no es la responsable de su elevación espiritual. De hecho, el heroísmo de Narváez no se manifiesta por medio de su unión con esta mujer. Su ánimo se confirma precisamente a través del rechazo al afecto que siente hacia esta.

Según Marsh, para entender la connotación que este personaje femenino tiene en la obra, es necesario partir del ejemplo literal de violencia del pájaro de presa (Marsh, 2011, p. 620). El marido de la dama de Antequera aparece en el huerto con un ave de caza que ante los ojos de ella persigue y mata a varios pajarillos. Tras esta demostración de las habilidades de su gavilán, el esposo compara abiertamente la astucia del ave rapaz con las proezas militares de Narváez contra los moros. Le explica a la mujer que "cuando el alcaide de Álora escaramuza con los moros, así los sigue y así los mata" (1983, p. 126). Esta comparación, a nivel explícito, constituye una simple alabanza de Narváez como guerrero. Sin embargo, la imagen de la caza con aves tiene también un sentido simbólico, ya que se asocia, tanto en la cultura medieval como en la renacentista, con la persecución amorosa (Holzinger, 1978, pp. 227-238). La figura del gavilán sintetiza la doble virtud de Narváez en armas y cortesía. El episodio cinéptico sirve de preludeo estratégico a los elogios de los que el marido de la dama de Antequera cubrirá a Narváez como hábil perseguidor de una presa erótica y como hombre generoso y cortés, no

impresionarían más a la dama que la referencia explícita a sus proezas militares contra los moros (Marsh, 2011, p. 620).¹²

Más allá de la importancia del gavilán como símbolo de las proezas militares y amorosas, es evidente que la relación entre Rodrigo de Narváez y la dama de Antequera tiene ecos del amor cortés y, por lo tanto, sigue los códigos de las élites aristocrático y las normas amorosas palaciegas para finalmente transgredirlos. Así, si con la historia de Abindarráez y Jarifa se infringen los códigos de la relación hombre-mujer en islam, con el rechazo de Narváez a la dama de Antequera se quebranta la concepción de que el amor cortesano-adúltero simbolizaba la concesión y la búsqueda apasionada del valor en otro ser humano.

Concretizar la relación con la dama de Antequera no personifica el bien en esta obra, no es una suerte de matrimonio espiritual. En el texto no existe un elogio al adulterio, típico de los convencionalismos cortesanos, hay un respeto del matrimonio como institución social, como portador de orden espiritual y social. De esta manera, Narváez no da lugar a la realización de su impulso erótico. Él no advierte en el amor un poder divino, no ensalza su omnipotencia, aunque sí considera a la dama de Antequera su objeto de adoración.

En el texto, su rechazo a la dama de Antequera constituye la prueba fidedigna de sus virtudes caballerescas (proeza, honor, lealtad) y de sus virtudes civiles. La templanza que le induce a rechazar a la dama de Antequera por respeto a su marido es la misma que lo induce a la magnanimidad hacia la pareja mora. Su gesto de renuncia y sacrificio amoroso exponen su tendencia a siempre elegir la “medida justa” de las cosas.

Al mismo tiempo, la obra manifiesta que – más allá de los formalismos literarios-cortesanos – la sociedad ibérico-cristiana consideraba a la mujer como *res*. Rodrigo de Narváez no consuma esta relación porque considera que la dama es propiedad de su marido y no quiere tomar posesión de ella para no mancillar el honor de este individuo. No quiere robar lo que pertenece a otro. De esta manera, el apartarse de la dama no es solo una prueba de su ponderación, también plasma los fundamentos de la sociedad patriarcal y jerárquica de los reinos ibéricos cristianos, en los cuales se era totalmente contrarios a la falta de castidad femenina, pues esta conduciría a un desajuste de la base misma de la sociedad: la familia.

8 Conclusiones

El Abencerraje y la hermosa Jarifa es un texto que aboga por la tolerancia entre cristianos y musulmanes en la frontera. La amistad que surge entre Abindarráez y Rodrigo permite reinterpretar los conflictos fronterizos. La obra parece tomar parte a favor de la concordia entre las religiones del libro, sugiriendo que se debe valorar a una persona por sus obras y no en base a prejuicios estereotipados. Es por ello que en el actuar de estos personajes se perciben aspectos ético-psicológicos que manifiestan una naturaleza heroica. Sus habilidades militares y virtudes morales intrínsecas terminan descartando los recíprocos celos y generan una mutua admiración.

¹² Para el crítico, el incidente del gavilán y los pajarillos no solo evoca la acción virtuosa de Narváez de concederle la libertad condicional a Abindarráez para ir a casarse con Jarifa, sino que también prefigura la generosidad que mostrará Narváez al final de la novela al interceder por Jarifa y Abindarráez ante el Rey de Granada, lo cual, a su vez, contribuye a la conclusión armoniosa del relato. Nuevamente, bajo la imagen explícita de conflicto se esconde una imagen implícita de unión.

Es incuestionable que en la obra hay un mensaje ético de respeto y comprensión que tiene la finalidad de educar al lector sobre las naturales inclinaciones y tendencias solidarias del ser humano, incluso en periodos de conflicto. Abindarráez y Rodrigo de Narváez superan los abismos de la violencia fronteriza, exponiendo que la tolerancia es una acción común que tiene un gran poder: el de crear armonía.

Esta armonía logra sanar conflictos interreligiosos y pugnas palaciegos. La obra sumerge al lector en las profundidades de la intriga que condujo a la caída en desgracia de los Abencerrajes. Por medio de las alusiones al mundo de política, amor y decisiones desgarradoras que marcaron a la Granada musulmana. La persecución de los Abencerrajes es presentada como el ejemplo más concreto de la inestabilidad interna, generado por las elites, que produjo la debacle de Al-Ándalus.

El personaje de Rodrigo de Narváez representa lo mejor del caballero cristiano. Es alguien que tiende a preferir el valor de las personas en base a sus cualidades y valores intrínsecos, sin dejarse llevar por los prejuicios. Él presenta todas las cualidades de un soldado cristiano: no es temerario, es justo, cree en la justicia y se comporta con moderación en la victoria. Por medio del trato que ofrece a Abindarráez y Jarifa se percibe que el alguien que no viola el derecho de gentes. Por lo tanto, respeta y observa las leyes naturales que protegen a su prisionero. Al mismo tiempo, es alguien que sacrifica sus propios deseos – como lo hace con la dama de Antequera – para mantener el orden social.

El honor es un aspecto fundamental de la historia de Narváez. Este se relaciona también por su respeto hacia la imagen pública del matrimonio. Si bien este rechazo es presentado como una prueba de la virtud de este hombre de armas cristiano, declinar el amor de la dama de Antequera prueba que, en esta época, la mujer debía asumir totalmente su papel de aderezo del marido, de ornamento que podía ser responsable de su aceptabilidad social o de su señalamiento. Al rechazarla, Narváez cuida su conducta, su decoro y evita la infidelidad. Por lo tanto, no hay una exaltación del eros en su personaje.

El papel de “pertenencia” de la dama de Antequera con relación a su marido, muestra su condición de *res* en una cultura patriarcal y andrógina. Su papel pasivo en *El Abencerraje y la hermosa Jarifa* parece manifestar que, aunque generalmente se induce a pensar que los modelos occidentales de relaciones entre hombres y mujeres casi siempre han entrado en conflicto con los islámicos, creando un abismo entre los ideales islámicos y las realidades musulmanas, ambas sociedades eran de carácter patriarcal, en las que el sexo delimitaba el papel social, las obligaciones, funciones, normas de comportamiento y organización de la vida en general.

En cuanto al personaje de Abindarráez, este moro siente orgullo de su prosapia, sabe que pertenece a una familia respetada. Él está al tanto de que por sus venas corre el linaje de la caballería y trata de confirmarlo por medio de su comportamiento. Por consiguiente, encierra todas las cualidades caballerescas esenciales para la virtud guerrera y el campo amoroso. Su relación con Jarifa muestra que Abindarráez creía en la importancia de la relación hombre-mujer como una unión marcada por ideas, conductas y actitudes que conducen en ver en la persona amada el símbolo de la sabiduría divina.

Para él, Jarifa es un ser especial que debe ser servido e, incluso, venerado. Por lo tanto, la relación sentimental Abindarráez-Jarifa tiene sus propias leyes y códigos. Estos van más allá de lo establecido por el cristianismo o el islam. Se trata de una pareja de enamorados que expresa su lenguaje amoroso sin temores. Es por ello que consiguen hacer prodigios, entre ellos, logran ser protegidos por quien debería ser el adversario (Narváez), ser perdonados por el rey y ser readmitidos por el padre de Jarifa.

Jarifa difiere de las mujeres de la Edad Media y la temprana modernidad. Ella no es moralmente frágil. Su belleza exterior es el reflejo de la virtud de su nobleza interior, de su capacidad de elevar a quien la ama. Jarifa es – como lo fue María, Beatriz o la ya mencionada Nizam – una suerte de criatura angelical enviada para traer la paz en la vida de Abindarráez, quien había conocido la desdicha debido a las desgracias que cayeron sobre su linaje.

Referencias

ACERO, Nicolás. *Ginés Pérez de Hita: estudio biográfico y bibliográfico*. Madrid. Manuel G. Hernández, 1888.

AGUILAR FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Ramón. Elogio histórico de Rodrigo de Narváez el Bueno, primer alcaide de Antequera: leído en sesión ordinaria de la Academia de Ciencias, Bellas letras y nobles artes de Córdoba, el día 10 de marzo de 1847. In: AGUILAR FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Ramón (Ed.). *Discursos y memorias: presentadas a la Academia General de Ciencias, Bellas letras y Nobles artes de Córdoba por varios de sus individuos*. Tomo 5: Puente Genil. Imprenta de Baldomero Giménez de Luque, 1848. p. 390-505.

ANÓNIMO. *El Abencerraje*. (Ed.) Francisco López Estrada: Madrid. Cátedra, 1983.

AOYAGI, Kaoru. Transition of Views on Sexuality in Sufism: Al-Makki, al-Ghazali, and Ibn al-'Arabi. *Annals of Japan Association for Middle East Studies*, Kyoto, v. 22, n. 1, p. 1-20, 2006. Disponible en: https://www.jstage.jst.go.jp/article/ajames/22/1/22_KJ00004375341/_pdf/-char/ja. Fecha de consulta: 02 may. 2024.

CASALDUERO, Joaquín Gimeno. El Abencerraje y la hermosa Jarifa: composición y significado. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, v. 21, n.1, p. 1-22, 1972. DOI: <https://doi.org/10.24201/nrfh.v21i1.2857>.

CIROT, Georges. La maurophilie littéraire en Espagne au XVIe siècle. *Bulletin hispanique*, Bordeaux, v. 40, n. 2, p. 150-157, 1938. Disponible en: https://www.persee.fr/doc/hispa_0007-4640_1938_num_40_2_2803. Fecha de consulta: 02 may. 2024.

CURTI, Barbara. *La condizione della donna nell'Islam*: Gaeta, Passerino Editore, 2020.

DE ZAYAS, Rodrigo. *IbnArabi de Murcia: maestro de amor, santo humanista y hereje*. Córdoba: Almuzara, 2007.

GALLARDO, Bartolomé José. *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*. Madrid, Imprenta y fundición de Manuel Tello, 1889. v. 4.

GUILLÉN, Claudio. *El primer Siglo de Oro. Estudios sobre géneros y modelos*. Barcelona: Crítica, 1988.

HOLZINGER, Walter. The militia of Love, War and Virtue in the Abencerraje y la hermosa Jarifa: A Structural and Sociological Reassessment. *Revista Canadiense de Estudios hispánicos*, Edmonton, v. 2, n. 3, p. 227-238, 1978. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/27761984>. Fecha de consulta: 02 may. 2024.

JAHANBEGLOO, Ramin. Peace and nonviolence in Islam. In: FIALA, Andrew (Ed.). *The Routledge Handbook of Pacifism and Nonviolence*. Routledge, 2018. p. 54-63.

MARÍN, Manuela. *Al-Andalus y los andalusíes*: Vilassar de Dalt, Icaria Editorial, 2000.

- MARQUARDT, Bernd. El Espejo Sajón de 1225: Derecho público del Medioevo europeo en imágenes. *Pensamiento Jurídico*, Bogotá, v. 43, p. 17-58, 2016. Disponible en: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/peju/article/view/60699>. Fecha de consulta: 02 may. 2024.
- MARSH, Eleanor. En clave femenina: Mujer e intertextualidad en la “Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa”. *Hispania*, Chesterton, v. 94, n. 4, p. 615-627, 2011. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/23070052>. Fecha de consulta: 02 may. 2024.
- MARTOS QUESADA, Juan. *El mundo jurídico en al-Ándalus*. Llanera Delta Publicaciones, 2005.
- MUJICA, Bárbara. *Antología de la literatura española: renacimiento y siglo de oro*. Eugene, Wipf and Stock Publishers, 2008
- PADILLA, Pedro. *Antología del Romancero de Pedro Padilla*. Ed. Fredo Arias de la Canal: México, Frente de Afirmación Hispanista, 2006.
- PIKAZA IBARRONDO, Xabier. *El cristianismo y la construcción de la paz*: Bilbao, Universidad de Deusto, 2009.
- REDONDO, Augustin. *Moros y moriscos en la literatura española de los años 1550-1580*. In: GRAND SÉMINAIRE DE NEUCHÂTEL, 1994, Neuchâtel. *Judeoconversos y moriscos en la literatura del Siglo de Oro*: actas del Grand Séminaire de Neuchâtel, Neuchâtel, 26 a 27 de mayo de 1994. Paris: Les Belles Lettres, 1995, p. 51-83.
- SHIPLEY, George. La obra literaria como monumento histórico: el caso de El Abencerraje. *Journal of Hispanic Philology*, Tallahassee, v. 2, n. 2. p. 103-120, 1978. Disponible en: <http://opac.regesta-imperii.de/id/2298781>. Fecha de consulta: 02 may. 2024
- TAHIRI, Ahmed. *Rifal-Magrib y al-Andalus: organización del territorio en las dos orillas del Estrecho* (siglos VIII-XI). Granada: El Legado Andalusi, 2007.
- VARVAROUSSIS, Paris. *La idea de la paz*. Bogotá: Temis, 1996.